



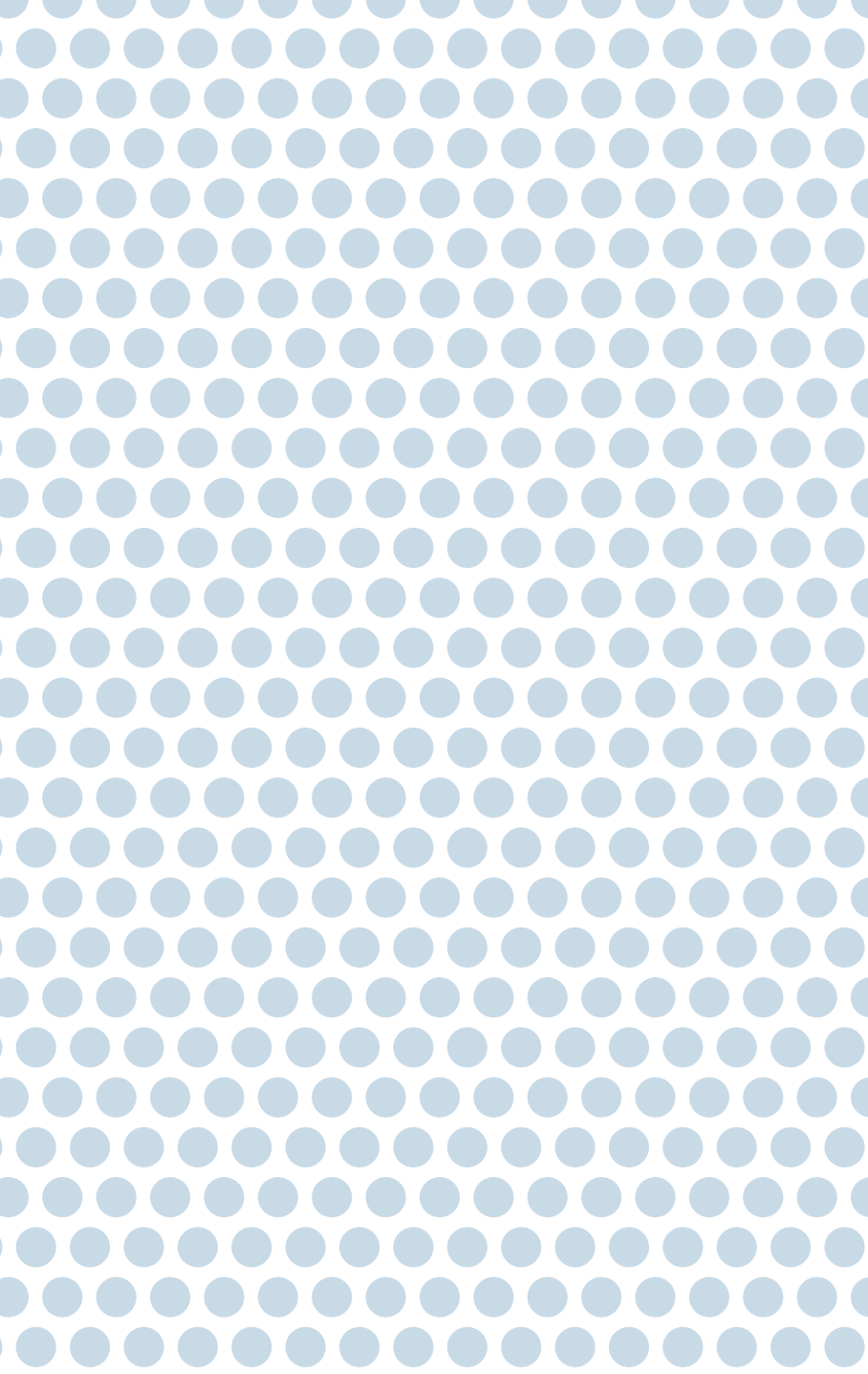
EL BARCO
DE VAPOR

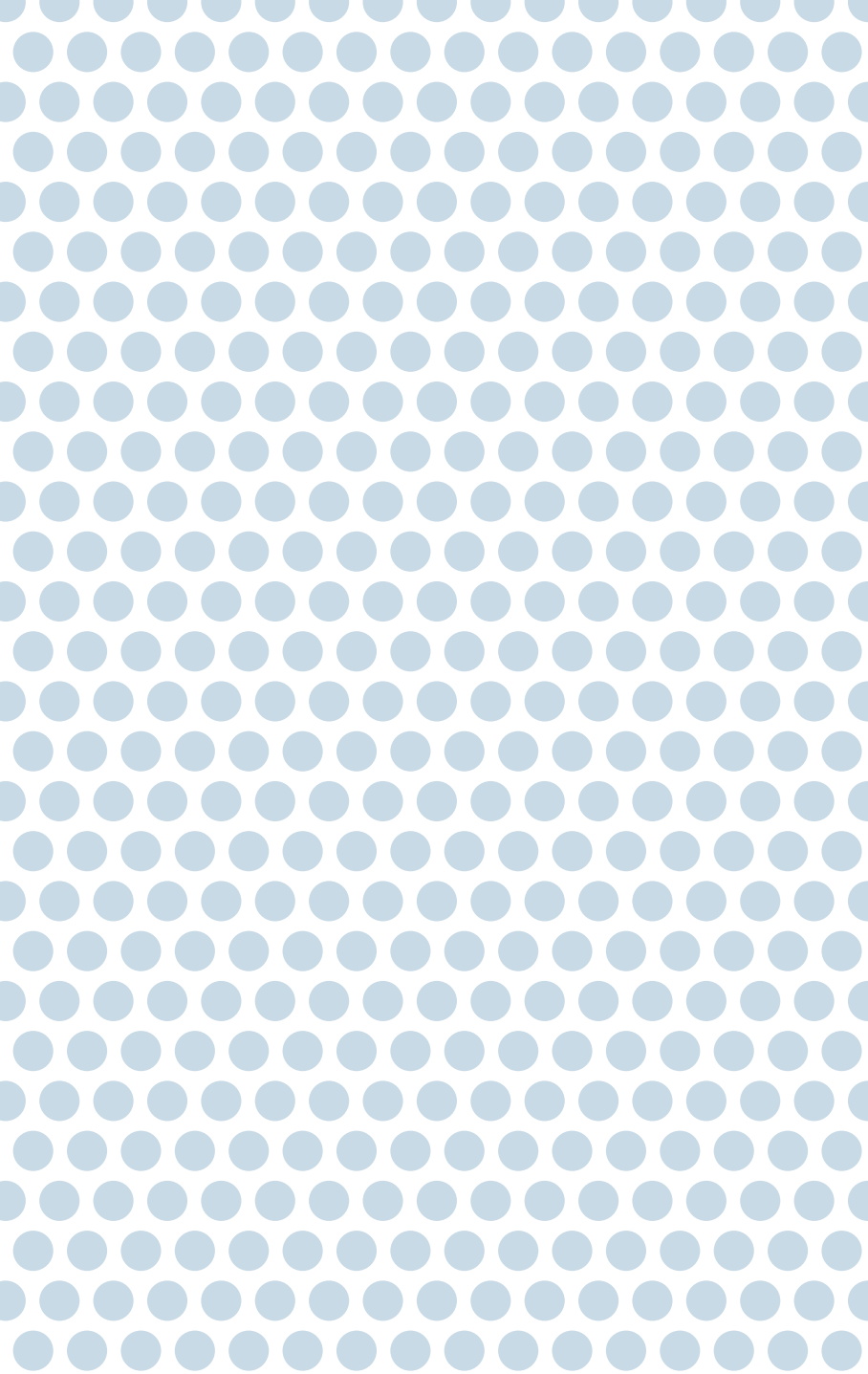
Doña Ballena va al zoológico y otras fábulas

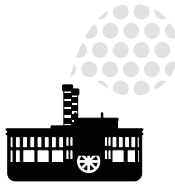
David Martín del Campo



Ilustraciones de Diego Álvarez







EL BARCO
DE VAPOR

Doña Ballena va al zoológico y otras fabulas

David Martín del Campo

Ilustraciones de
Diego Álvarez



Martín del Campo, David

Doña Ballena va al zoológico, y otras fábulas / David Martín del Campo ; ilus. de Diego Álvarez. – 2a ed. – México : Ediciones SM, 2016
104 p. ; 19 x 12 cm. – (El barco de vapor. Azul ; 31 M)

ISBN: 978-607-24-2078-6

1. Cuentos mexicanos. 2. Fábulas. 3. Humor – Literatura infantil.
I. Álvarez, Diego, il. II. t. III. Ser.

Dewey 863 M37

Ilustraciones: Diego Álvarez

Edición: Federico Ponce de León

Primera edición, 2010

Segunda edición, 2016

D. R. © SM de Ediciones, S. A. de C. V., 2010

Magdalena 211, colonia del Valle,

03100, Ciudad de México

Tel.: (55) 1087 8400

Para conocer SM, su fondo editorial y sus servicios:

www.ediciones-sm.com.mx

ISBN 978-607-24-2078-6

ISBN 978-968-779-176-0 de la colección El Barco de Vapor

Miembro de la Cámara Nacional de la Industria Editorial Mexicana

Registro número 2830

Prohibida la reproducción total o parcial de este libro, su tratamiento informático, o la transmisión por cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La marca **El Barco de Vapor**® es propiedad de Fundación Santa María.

Prohibida su reproducción total o parcial.

Impreso en México / *Printed in Mexico*

Este libro pertenece a:



● DOÑA BALLENA VA AL ZOOLOGICO

TANTO LE HABÍAN PLATICADO que decidió visitarlo. “No es posible que nunca hayas ido al zoológico.” “Hay canguros, pingüinos, tigres, cocodrilos y hasta cacatúas.” “Es lo máximo.” Doña Ballena estaba muy inquieta por lo que le habían contado: “Ahí podrás admirar al elefante, que es el animal más grande del mundo”.

—¿Más grande que yo? —preguntó casi ofendida.

—Es lo que dice la guía del zoológico —le contestó su vecina—. Todo el tiempo está comiendo cacahuates.

Por todo eso, doña Ballena decidió visitarlo. Se pintó un poco los labios, se puso su mejor collar y los guantes. También un sombrero amarillo. “El zoológico, ¡qué emoción!”, se dijo al salir de casa.

Minutos después llegó a la parada del autobús. El sol comenzaba a entibiar la mañana, así que abrió la sombrilla. Al poco rato apareció el ómnibus y doña Ballena lo abordó. Apenas si cupo, y como no halló asientos disponibles, tuvo que viajar de pie.

La ballena iba realmente fascinada, sujetándose en los tubos del techo, y comenzó a canturrear: “Voy al zoo, voy al zoo, voy al zoo; mmm, mmm, mmm...”. ¿No se daban cuenta los demás de su fabuloso paseo? Algunos pasajeros junto a ella iban medio apretados, y es que doña Ballena no era precisamente livianita. Incluso el autobús marchaba un poco ladeado, pero nadie decía nada, porque lo principal es ser respetuoso. “Voy al zoo, voy al zoo, voy al zoo; mmm, mmm, mmm”, siguió canturreando para ver si alguien le hacía conversación, y como no, dijo en voz alta:

—El elefante no es el más grande del mundo.

Nadie le contestó. Hay gente que habla sola y es feliz a su manera, aunque también hay personas que casi nunca dicen nada. Fue cuando un ratón, que viajaba sentado casi debajo de ella, comentó:

—Claro que es el más grande. Yo lo he visto.

—¿Ah, sí? —doña Ballena infló el pecho, se paró de puntitas—. ¿Más grande, por ejemplo, que yo?

El ratón hizo a un lado el periódico que iba leyendo. Se volvió para mirarla.

—Claro, señora. Se lo digo yo, que lo he visto en el zoológico. Más grande que un camello, incluso que un hipopótamo; aunque déjeme decirle que para mí todos son más grandes.

—Mmm —repuso doña Ballena—.

Luego hay gente de opiniones pequeñitas. Personas que no miran lo maravilloso que tiene el mundo. Hay que ver la vida con ojos de grandeza.

El ratoncito gruñó. Dobló su periódico y amablemente dijo a esa parlanchina pasajera:

—Señora, ¿se quiere usted sentar? Supongo que viene un poco cansada.

Doña Ballena aceptó la invitación. Se acomodó en el asiento con grandes esfuerzos y enseguida comenzó a transpirar. Buscó su abanico en el bolso y durante todo el trayecto fue abanicándose mientras canturreaba: “Voy al zoo, voy al zoo; mmm, mmm”.

Por fin, poco después, llegó al parque de los animales. Doña Ballena iba muy contenta; ya nadie le diría que no había ido nunca. Se compró un algodón de azúcar y lo comenzó a disfrutar: “Mmm, qué rico. Mmm, mmm, mmm”.

Paseó por todo el zoológico. En la primera jaula vio a las cebras, que le parecieron los presos de una cárcel. Más adelante observó a los papagayos, muy presumidos con sus largas plumas. Luego descubrió a las panteras, que de noche seguramente tropezarían unas con otras. Finalmente se detuvo en el acuario de las focas.

Eran lo más admirable del parque, pues nadaban maravillosamente, saltaban en el agua y aplaudían al salir del estanque. Al final, por fin, llegó al pabellón del elefante.

Al centro de una terraza protegida por una alambrada, el viejo elefante balanceaba su trompa. A ratos alzaba una pata. Doña Ballena leyó el letrero donde se afirmaba que ese paquidermo era natural de África y pesaba cinco toneladas.

De pronto el elefante dejó todo y avanzó hasta la reja.



—Buenas tardes, señora —dijo a doña Ballena—. Usted sí que es grande.

—¿Le parece, señor? —preguntó ella mientras cerraba la sombrilla con la que se protegía del sol.

—Sí, es grande. Muy grande. Grandísima —insistió el elefante.

—Ah, sí, claro —volvió a abanicarse, muy vanidosa—. Con decirle que no duermo en una, sino en nueve camas, muy pegaditas. Y para bañarme hay que llamar a los bomberos.

—Me imagino —dijo el elefante—. Usted es grande, muy grande, y supongo que también muy feliz.

—Bueno, feliz, lo que se dice feliz de la gran felicidad... no tanto. Si le contara los problemas que tengo para conseguir un par de zapatos, para ponerme la piyama o para meter el hilo en las agujas. Problemas naturales de mi tamaño.

—Pero usted, señora, es grande. Muy grande, y supongo que también muy importante.

La ballena se ruborizó. Nunca nadie le había dicho esas cosas. Abrió y cerró la sombrilla varias veces.

—Sí, claro. La gente me considera muy importante porque cuando hacen fiestas... Bueno, casi nadie me invita a las fiestas porque siempre termino rompiendo las sillas. Y sí, claro, cuando la gente organiza un baile... Bueno, yo no bailo mucho; es que cuando piso a mi pareja deben llamar a la ambulancia. Y cuando hay una boda... Oiga, es cierto, nadie me ha invitado nunca a una boda.

—Pero usted es grande, señora Ballena. ¿No vino a comprobarlo?

Qué listo era ese elefante. Enrollaba y desenrollaba su trompa como si fuera un yoyo.

—Sí, muy grande soy —repitió doña Ballena. Luego no supo qué más decir.

—¿No le parece? —volvió a intervenir el elefante—. Siempre están hablando de esas bobberías: grande y chico y gordo y flaco y alto y chaparro. Como si eso fuera lo principal. Lo importante, lo realmente importante, es otra cosa.

—Lo importante es otra cosa —repitió doña Ballena.

El elefante dejó la reja y regresó al centro del terreno, donde había un montón de cacahuates

Comenzó a comerlos con su larga trompa: los arrojaba al aire y luego los atrapaba con la boca. Estuvo así un rato, muy animado, hasta que decidió regresar con la ballena.

—No la veo muy contenta, señora.

—Será el calor —se quejó la visitante.

Volvió a abanicarse—. Nunca antes había venido al zoológico.

—¿Y qué le ha parecido?

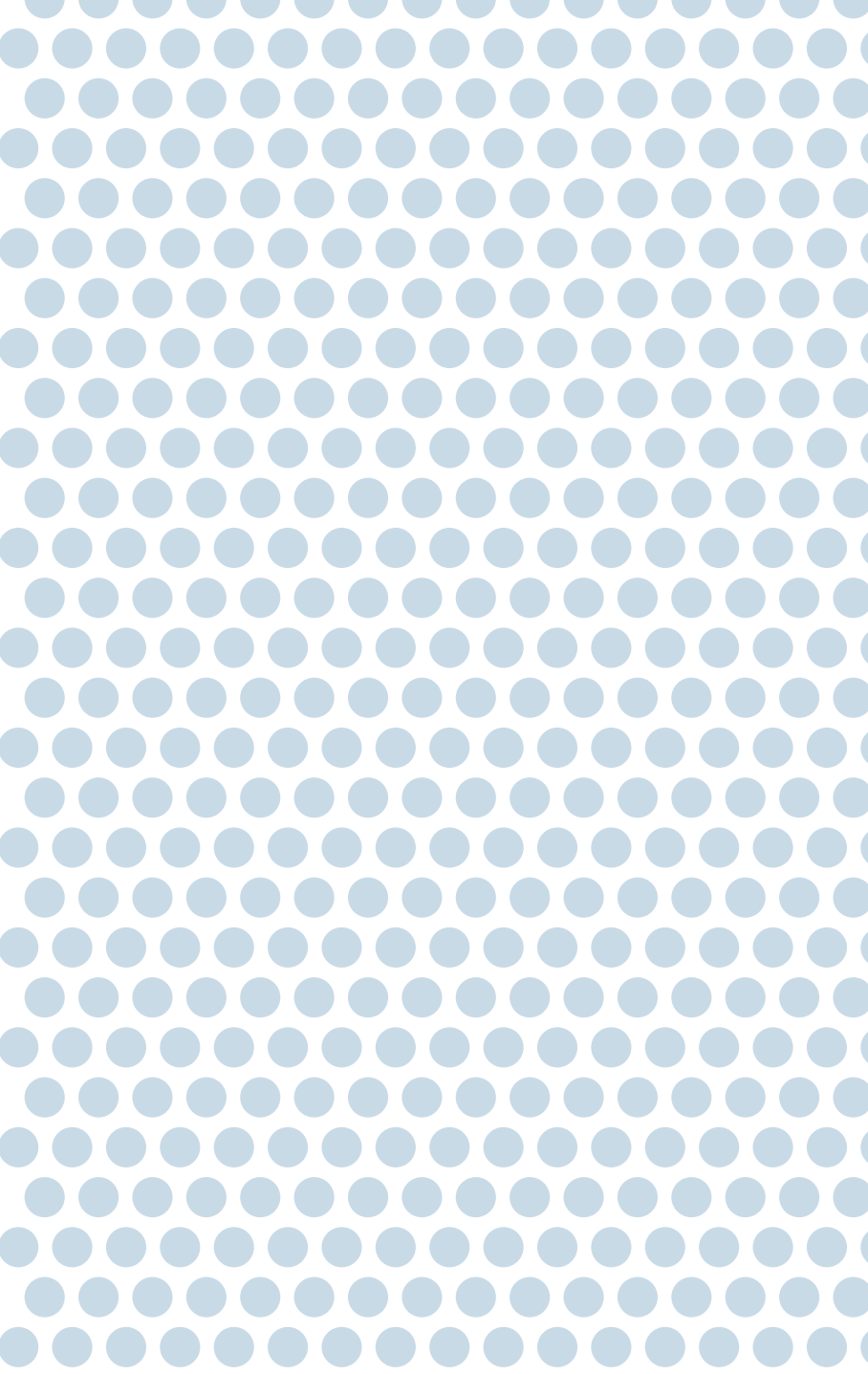
—Muy interesante y divertido. Estuve viendo a los monos, a los loritos, a las nutrias, tan juguetonas.

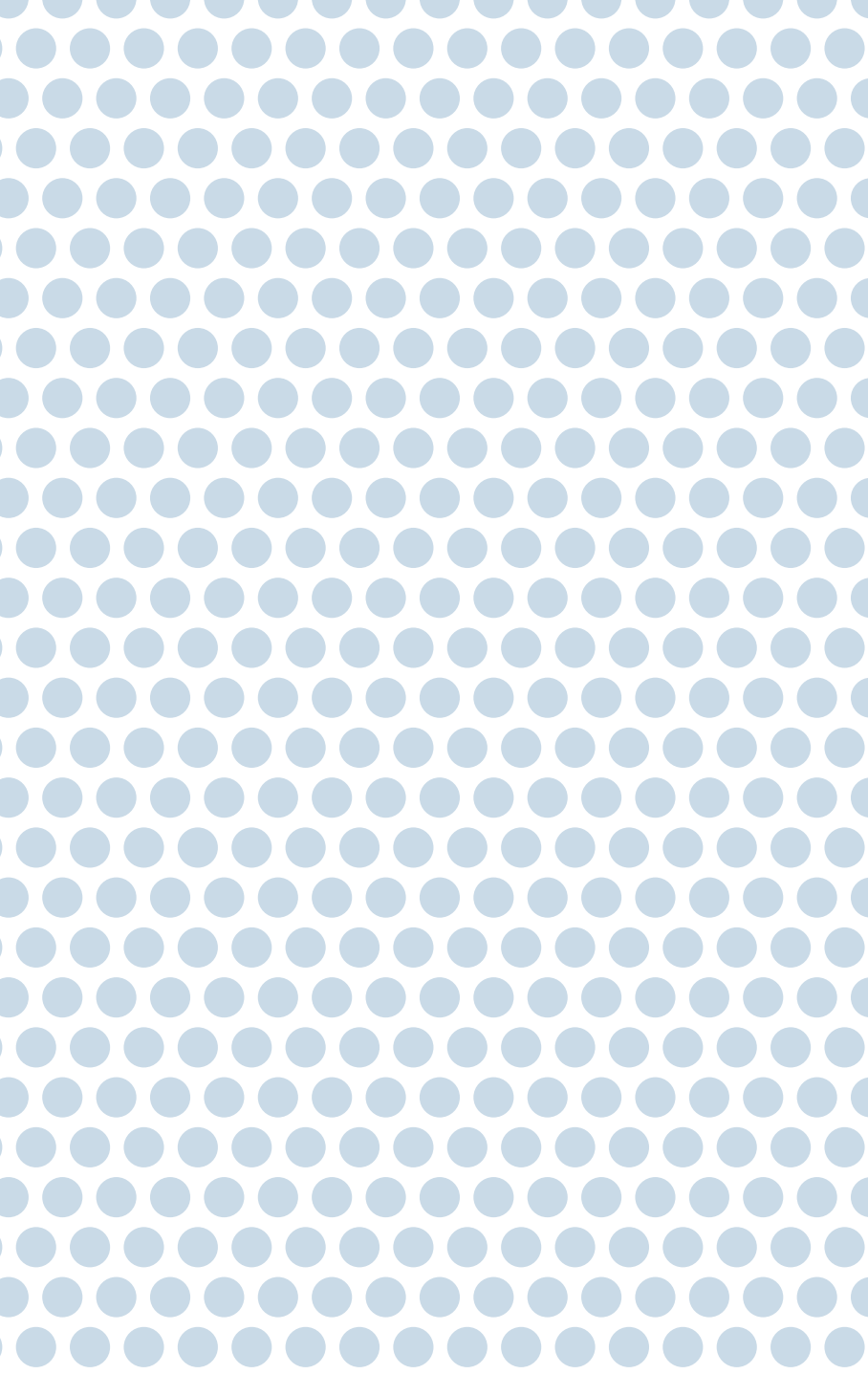
—Ya lo dijo usted, señora —la interrumpió el elefante—. Lo importante no es ser grande, como nosotros, o pequeño, como los loros. Lo importante es eso, interesarse en algo y divertirse con todo, ¿no cree usted?

De regreso a casa, doña Ballena volvió a tomar el autobús. Ya conocía el parque zoológico, donde incluso había conversado con el elefante. Además, se había comprado aquel delicioso algodón de azúcar.

El ómnibus iba lleno, de modo que volvió a viajar de pie y un poco apretujada. “Fui al zoo,







7+



Se pasean por estas siete fábulas, que tienen más **diversión** que moraleja, varios personajes **difíciles de olvidar**, como la ballena que tiene curiosidad por ver si el elefante es tan grande como le han dicho, el león que no ruga como todos esperaban, la oveja de los sueños, un ogro y su conejo, por mencionar solo unos cuantos.

En todas estas historias, un poco animales y un poco humanas, el lector podrá encontrar un **buen espejo**.



INCLUSIÓN



AMISTAD



HUMOR